

ENTRE CARIBDIS Y ESCILA: EL SISTEMA DEFENSIVO EN EL PIRINEO ARAGONÉS DEL BARROCO*

Resum

En aquest treball s'intenta fer una història de les valls de l'Aragó, al Pirineu central, durant el barroc, des de 1598, amb la pau de Vervins, fins a la pau dels Pirineus de 1659, any en què s'acabà el conflit hispanofrancès, el qual va suposar un canvi essencial en el desenvolupament de la vida i de la societat pirinenca aragonesa respecte del passat.

És un moment en què es conformen uns límits naturals i més concrets jurídicament entre tots dos regnes, amb la coincidència d'aquesta delimitació i la divisió imposta per la natura, que van configurar el naixement d'una frontera que abans no existia, la qual va dividir els habitants de la muntanya respecte de les seves ancestrals relacions de veïnatge.

Per acabar aquesta introducció, diré que he recollit en la meva comunicació les principals fites de la reestructuració de la frontera pirinenca del regne d'Aragó durant el segle XVII. Amb això he intentat acostar-me a la frontera aragonesa d'aquest segle. El meu objectiu essencial és d'obtenir una panoràmica dels canvis que la intervenció d'un poder estrany, com el d'unes monarquies expansives, va derivar en la construcció de nous baluards per a la defensa i protecció del Pirineu davant dels atacs de la monarquia francesa. Als Pirineus centrals francesos i els de l'Aragó s'havien creat una sèrie d'unitats independents que gaudien d'un gran autogovern, però els monarques del segle XVII es van fixar en aquestes zones independents per controlar-les de manera més directa.

Paraules clau: Aragó, Pirineus, segle XVII, barroc, sistema defensiu.

Antonio Carlos
Ramo Antón

Abstract

In this work we try to carry out a history of the Aragonese valleys, in the Central Pyrenees during the Baroque era from 1598, with the Peace of Vervins, to the Peace of the Pyrenees of 1659, year

* Nuestro estudio forma parte de un trabajo de investigación más extenso leído en la Universidad de Zaragoza para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados en septiembre de 2006, bajo la dirección del Dr. Enrique Solano Camón.

in which the conflict Hispano-French ended, which has an essential change of the development of life and the Pyrenean Aragonese society with respect to the past.

It is a moment in which some natural limits, more specified juridically, between the two kingdoms are adjusted, with the coincidence of this delimitation with the division imposed by nature, which configured the birth of a border that did not exist before, dividing the inhabitants of the mountain with respect to their ancestral relationships of vicinity.

To finish this introduction I will say that in my communication I have picked up the main landmarks of restructuration of the Pyrenean border of the Aragonese kingdom during the 18th century. With this I have tried to approach the Aragonese border of the 17th century. My essential aim is to obtain a panoramic view of the changes that the intervention of a strange power, like the one of some expansive monarchies, derived in the construction of new bastions for the defense and protection of the Pyrenees when facing the attacks of the French monarchy. In the Central French Pyrenees and in the Aragonese ones a series of independent unities which had a great self-government had been created, but the monarchs of the 17th century noticed to these independent areas to control them in a more direct way.

Keywords: Aragon, Pyrenees, 17th century, Baroque, Defensive system.

Introducción

La defensa de sus fronteras constituye una de las principales labores y preocupaciones para cualquier estado a lo largo de la historia. La frontera del Pirineo aragonés durante el Barroco no fue diferente. Los monarcas hispanos intentaron fortalecerla con la construcción de sistemas defensivos cada vez más complejos, en especial durante el reinado de Felipe II. En ese momento la cordillera aragonesa ve cómo su estructura militar se renueva, provocando que el poder de la monarquía se haga más presente entre los montañeses.

Esta comunicación pretende ser una aproximación al estado de la cuestión del sistema defensivo del Pirineo aragonés durante la Edad Moderna y, más concretamente, durante el siglo XVII. En esos momentos, el avance de la autoridad de la monarquía francesa y de la española centró en el Pirineo su disputa por la hegemonía en Europa, instaurando, con ello, una presencia del poder monárquico sin precedentes en las montañas. La manifestación más relevante de esta presencia fue el establecimiento de contingentes militares en las fortificaciones de la cordillera pirenaica; una ruptura con el pasado que alcanzó su cenit con la guerra de los Treinta Años a mediados de la centuria, de hecho centrada en las disputas franco-españolas que continuaron hasta la paz de los Pirineos de 1659.

En los Pirineos centrales franceses y en los aragoneses se habían creado una serie de unidades independientes que gozaban de un gran autogobierno, debido a que eran zonas mar-

ginales y pobres de unos monarcas que poseían extensos territorios, pero que en el siglo XVII se fijaron en ellas.

Era una comunidad consciente de su independencia y de las relaciones cercanas y frecuentes que les unían con sus vecinos franceses, que fue disgregada por unos estados absolutos deseosos de homogeneizar todo el territorio y controlarlo sin oposición, acción que completará el estado nación siglos después.

Para finalizar esta introducción diré que he recogido en mi comunicación los principales hitos de la reestructuración de la frontera pirenaica del reino de Aragón durante el siglo XVII. Con ello he intentado aproximarme a la frontera aragonesa de la decimoséptima centuria. Mi objetivo esencial es obtener una panorámica de los cambios que ocasionó la intervención de un poder extraño, como el de unas monarquías expansivas, y que derivó en la construcción de nuevos baluartes para la defensa y la protección del Pirineo ante los ataques de la monarquía francesa.

1. La estructura defensiva del Pirineo

Los soberanos del Barroco debieron hacer frente a unos ejércitos cada vez más numerosos, con unos costes tecnológicos mayores en armamento y unas defensas perfeccionadas ante el avance de la ingeniería militar en la Edad Moderna.¹ Esto les obligó a realizar enormes desembolsos, y a aumentar las obligaciones que contraen los súbditos, que debieron hacer frente al aumento de las exigencias fiscales. Para evitar conflictos impusieron valores tradicionales como la obediencia, el sacrificio o la entrega, y también la autodefensa y la conservación del propio territorio para servir al rey en sus guerras, como dice Gil Pujol.² Los problemas del sistema aflorarían cuando la resistencia llegara a un límite insoslayable, lo cual tuvo lugar en la monarquía hispánica del siglo XVII,³ momento en que las defensas pirenaicas españolas estaban en un estado deficiente por la continua presencia de bandidos transitando por la frontera y la insuficiente dotación de los soldados y sus fortalezas, como veremos a continuación. La localización en los Pirineos aragoneses de los montes de mayor elevación dificultaba su acceso y habitabilidad por los grupos humanos allí establecidos, por lo que en sí mismos constituían una defensa natural del reino de Aragón, de muy difícil penetración e imposible acceso durante gran parte del año por las copiosas nevadas invernales.

En el Barroco continuaban presentes las medievales defensas fronterizas de los castillos de Loarre, Alquézar y Montearagón utilizadas para resistir el ataque francés de unos 2.500 franceses en 1512 sobre Torla, quienes saquearon la región.⁴ No obstante, el intento de invasión más importante que sufrió la cordillera en la zona aragonesa, fue el asalto hugonote del 8 de febrero de 1592, cuando 900 soldados, entre bearneses y exiliados aragoneses,

penetraron en pleno invierno en Tramacastilla, y derrotaron a las fuerzas locales que les salieron al paso. Saquearon, sobre todo, la población de Biescas el 9 de ese mes y provocaron las iras de los montañeses. Las tropas españolas se concentraron en Jaca y pasaron al contraataque el 12 de febrero, cuando derrotaron con la ayuda de los pobladores locales en el estrecho paso de Santa Elena al contingente invasor, que tuvo que retroceder hasta el Bearne. Los ejércitos del rey continuaron guardando esta zona hasta el año 1593, para evitar nuevas invasiones francesas. Tras los sucesos de 1591, un nuevo intento de invasión se saldó con un fracaso total y estrepitoso. Había sido organizado por descontentos, con la colaboración de las autoridades francesas, para provocar una revuelta contra Felipe II de súbditos supuestamente insatisfechos. Fue el intento más serio de penetración desde Francia hasta la guerra catalana.⁵

El ingeniero militar Tiburcio Spanoqui recorrió la cordillera entre marzo y abril de 1592 para realizar un informe acerca de los mejores lugares para construir fortificaciones.⁶ Su propuesta se centra en nuevas construcciones y en la mejora de las existentes, como la reparación del castillo de Candanchú o el perfeccionamiento de la muralla de la localidad de Berdún, bastante deteriorada. En un informe del 26 de abril de 1594, Felipe II establece el plan de reordenación de la defensa de los montes Pirineos, en un intento de evitar ataques de los herejes franceses, con la construcción de nuevas fortificaciones y la reparación de las existentes.⁷

Por ello, el rey reorganizó la frontera con la construcción de las torres defensivas de Ansó, para cerrar el paso de Hecho, Canfranc y Santa Elena, a las que se unieron los castillos de Naval, Abizanda y Aínsa, con el de Benasque, junto con las casonas fortaleza de Boltaña y Bielsa.⁸ Con ellos se creó una completa línea de defensa a lo largo de la frontera pirenaica, mediante el control de los puntos y pasos estratégicos, centralizando las fuerzas y el mando en la nueva ciudadela de Jaca, para crear una muralla entre los dos reinos.⁹ Esta situación se completó con la incorporación del condado de Ribagorza, que le permitió impermeabilizar completamente la cordillera pirenaica en el reino de Aragón.¹⁰

En cuanto a los contingentes estacionados en la frontera a finales del XVI y las dotaciones de las nuevas defensas, la ciudadela de Jaca contaba con 400 infantes, 50 para el castillo de Canfranc, y un capitán. Unos 100 para Berdún, 80 en Benasque y 130 en Aínsa. En las torres se situaron 10 soldados y un sargento en cada una de ellas, para proteger los puertos de la montaña.¹¹ En todo momento el monarca intentó limitar los roces con el reino y sus moradores, con el deseo de mantener la paz en el interior de Aragón, y condenó los posibles excesos de los soldados, que eran capturados por las autoridades del reino y remitidos a la justicia del Capitán General.¹²

Nos encontramos con una cordillera propicia a los españoles en la zona oriental, al tener presencia en territorio galo y en el centro, la zona de mayores altitudes. Mientras que en la

zona occidental era de igualdad, por lo que la monarquía hispánica tenía una ventaja para poder atacar a los franceses en su propio reino de modo directo. Pero como se observó en los golpes de mano efectuados por el rey francés durante la guerra con España, la iniciativa estuvo en manos francesas, que atacaron Fuenterrabía y Salses, con movimientos de tropas a lo largo del Languedoc y el Bearne.¹³ Los informadores españoles en la frontera aportaron datos que tranquilizaban a las autoridades aragonesas respecto a movimientos franceses en la cordillera, ante los desacuerdos entre los nobles franceses de la montaña, unidos a la fuerte oposición de poblaciones como Labort y sus habitantes, una población cercana a Bayona, de católicos favorables a España, frontalmente opuestos a cualquier intervencionismo francés en los Pirineos, que garantizaban la calma a los representantes españoles y a los habitantes del Pirineo durante esos años.¹⁴

Desgraciadamente, la situación se deterioró rápidamente por la falta de medios de las dotaciones fronterizas y su debilidad, ya que el monarca disponía de unos pocos centenares de hombres como defensores efectivos en la frontera aragonesa. En 1610 la ciudadela de Jaca presentaba un lamentable aspecto porque

Esta por acabar [...] y no estaban acabados los parapetos ni el foso, así la contraescarpa y la entrada cubierta tienen pocas piezas de artillería [...] habrá en ella al presente 150 soldados muy mal pagados.¹⁵

A la altura de 1600 la conservación del potencial militar de los Austrias costaba enormes cantidades a la monarquía. Ese año, los gastos en el Atlántico y la frontera francesa, incluidas las defensas de Aragón, fueron de 2.750.000 ducados, para unos contingentes de 30.000 hombres. Por otro lado, los gastos de defensa del Mediterráneo ascendieron a 1.100.000 ducados, y el mantenimiento del personal en la zona de unos 8.000 hombres.¹⁶ Los recursos de la monarquía eran limitados durante el gobierno de Felipe III, y sólo el ejército de tierra de la península Ibérica tenía unos gastos a principios del XVII de 1.400.000 ducados, que fueron 1.302.400 en 1610 y en 1621 ascendieron a 1.372.932 ducados, con lo que la reducción de gastos, pese a las paces, fue mínima, y dejó muy debilitadas las dotaciones militares españolas para detener un ataque francés por los Pirineos.¹⁷

En 1609 el rey francés organizó un poderoso ejército para capturar a los Condé, que podían desestabilizar, con apoyo hispano, el reino tras su muerte. Se decía de este contingente que intentaría penetrar por el valle de Hecho, por lo que el gobernador de Aragón, Juan Fernández de Heredia, acudió a vigilar la frontera.¹⁸ De este modo, el fuerte despliegue militar provocó incertidumbre en la Corona española, pese a que estaba destinado a servir como demostración de fuerza para que los Condé volvieran a una Francia bajo control de Enrique IV.¹⁹

Los intentos reformadores de la Corte llevaron en 1616 a la creación de una Junta de provisiones para reducir los gastos de defensa, que afectaría a Aragón, con la reforma de las fortalezas de la Aljafería y de Jaca, realizadas para controlar al reino y no sólo para su defensa. Pero la oposición del virrey Salazar, aduciendo la necesidad de tener controlado al reino aragonés y sus instituciones, impidió que el proyecto continuara adelante.²⁰ Fue un buen intento de atraerse a los aragoneses y mejorar las comunicaciones entre la Corte y el reino que pudo haber funcionado. Demuestra que la monarquía empezaba a cambiar su concepción sobre el díscolo Aragón en los inicios del siglo XVII. Dicho ensayo se puede interpretar como un precedente de las futuras relaciones de colaboración entre Aragón y Madrid, reflejo de los nuevos intentos de asistencia entre ambos poderes que tuvieron lugar en la década de 1640, durante la trascendental guerra con Cataluña. Mientras, la situación defensiva de la frontera estaba bastante deteriorada, ya que el Consejo de Guerra destinó, en 1623, 15.000 ducados para la defensa del reino y 5.000 más para los Pirineos poco antes de iniciarse las hostilidades con Francia.²¹

En 1625, el conde de Salinas presentó un proyecto defensivo para el reino de Aragón²² en el que propone defender los pasos aragoneses de intentos de invasión con la colocación estratégica de unos pocos hombres, un total de 3.062, a lo largo de la montaña pirenaica, repartidos en toda la frontera y formados por habitantes de la zona. Este cuerpo defensivo bastaría para crear una frontera impermeable para el enemigo. Es un detallado estudio de las posibilidades de defensa de cada valle hacia Francia, y destaca porque proporciona un balance de las fuerzas militares del reino de Aragón, que otorgaría 24.000 soldados de infantería y 4.000 de caballería, a costa del reino. A los montañeses se les recompensaría con el saqueo del Bearne. Este proyecto no se llevó finalmente a cabo, pero evaluó las posibilidades de defensa del reino de Aragón en el XVII.²³

Los movimientos franceses en los Pirineos creaban incertidumbre en la monarquía española, la cual teme las concentraciones de soldados que realiza la corona francesa en la frontera. Se tuvieron noticias, en 1634, de la presencia de un ejército francés reunido en torno a Perpiñán de 25.000 infantes y 6.000 caballos. Fue motivo de muchos rumores sobre un posible ataque, pero parecen movimientos disuasorios de Luis XIII para preparar el terreno en la guerra que comenzó al año siguiente contra los reinos del monarca hispano.²⁴ En el verano de 1639, el virrey Marqués de los Vélez solicitó a la Corte 243.000 reales para acometer obras de defensa y fortificación en el Pirineo ante las noticias de la presencia de 8.000 franceses cerca de los puertos navarros, por las deficiencias de las defensas del reino.²⁵ En esos momentos se estimó todavía más alta la cifra de franceses que se encontraban al otro lado de la frontera. Se cifraba en unos 20.000 hombres dirigidos por el Obispo de Burdeos, para guarnecer toda la frontera pirenaica, desde el Atlántico al Mediterráneo, protegiéndola de ataques españoles y defendiéndose del reino aragonés con la protección de la zona cercana a Jaca.²⁶

Hacia 1640 existían guarniciones y defensores a lo largo de los Pirineos en la ciudadela de Jaca, en el castillo de Canfranc, en las torres de Santa Elena, en el valle de Tena y en Ansó y Hecho. Hasta la frontera catalana se localiza la presencia de dotaciones en Aínsa y en el castillo de Benasque,²⁷ además de los fuertes de la Espelunca, Santa Cristina de Somport, junto con las fortalezas de Barbastro y Monzón, que formaban el sistema defensivo de la cordillera en esos momentos,²⁸ cuando se estaba vigilante por los riesgos, reales, de un ataque francés por cualquier parte de los Pirineos sobre territorio español, acantonando tropas españolas del rey en la cordillera para detener los intentos invasores de los franceses.²⁹

Pero estas fortificaciones no estaban en las mejores condiciones, según la información remitida por el sargento mayor Fernando Chirino de la Cueva desde Jaca en octubre de 1641, donde muestra el deteriorado estado de la ciudadela de Jaca, sin foso ni parapetos, con poca pólvora para los cañones y el armamento de los soldados cifrado en 400 picas y 500 arcabuces. Sobre las fortificaciones vecinas, opina que el castillo de Berdún, el de Hecho y el de Ansó están defendidos por 50 soldados repartidos entre las tres fortalezas, mientras que el de Canfranc dispone sólo de 20 soldados, por 8 en la torre de la Espelunca. El castillo de Aínsa tiene 60 soldados, al igual que los de Benasque mal alimentados y armados. Finalmente, la torre de Santa Elena necesita reparaciones urgentes, y cuenta con 8 soldados y un oficial al cargo.³⁰ Tampoco las poblaciones fronterizas podían defenderse mucho mejor. Debían solicitar armas de fuego, con sus municiones correspondientes y picas a los diputados para hacer frente a las invasiones, como hizo el valle de Vio en 1642, temeroso de un inminente ataque francés.³¹

A finales de 1641 los representantes de las localidades del condado de Ribagorza se reúnen en Benabarre para defenderse de los ataques de los soldados franceses y catalanes a sus propiedades. Proponen crear un cuerpo de unos 2.000 hombres, compuesto por veinte compañías de 100, a cargo de los ingresos de todos los lugares de la comarca, ya fuesen de clérigos o de nobles, con un contingente puesto a disposición del monarca, independiente de los servicios del resto del reino y destinado a colaborar en el esfuerzo de guerra.³²

La fortaleza de Castel León, en el valle de Arán, creada por Felipe II para evitar invasiones de herejes y dependiente del reino de Aragón, fue uno de los lugares de la cordillera donde más actividad militar hubo. Contaba con 50 hombres y 6 oficiales para su defensa en 1641, importante cantidad por esas fechas cuando, comparativamente, la estratégica plaza de Perpiñán tenía 80 soldados en su castillo.³³ En abril de 1643 tuvo lugar un intento de ataque del gobernador general de Cataluña, Joseph de Margarit, en represalia por el ataque de las tropas de Felipe IV sobre Castel León. Esta acción ofensiva permitió reconquistar el valle, y realizar acciones de pillaje en Benasque, amenazando con avanzar hacia Zaragoza con las tropas franco-catalanas. El ataque provocó abundantes pérdidas materiales y humanas en la zona, por la dureza del terreno y las dificultades climáticas, ya que se luchó en plena nieve.³⁴ Los franceses controlaron la fortaleza y el valle durante los años de la guerra, pero era

una de las regiones donde el ejército francés tenía más problemas, ante la oposición de sus pobladores hacia la monarquía francesa. De este modo, en 1649 pasó a manos españolas, que derrotaron a los franceses allí establecidos con la complicidad de los habitantes de la localidad y su ayuda en labores de información, con lo que controló de nuevo el rey católico un estratégico enclave de los Pirineos.

En torno a 1644 la monarquía necesitaba para el ejército de Aragón 1.329.000 ducados, 800.000 para el ejército de Extremadura y 90.000 ducados para la Casa Real durante la estancia del rey en Zaragoza.³⁵ En esos momentos, las fortalezas continuaban en un estado bastante descuidado y de continuo deterioro. Por ello en 1649, a la petición de apoyo del castellano de Jaca, el Consejo de Guerra le concedió 3.000 escudos extraordinarios para mejorar esta penosa situación ya visible años atrás.³⁶

Para 1647, de acuerdo con los datos de P. Sanz, el ejército real tenía 6.721 hombres, entre infantería y caballería, disponibles a lo largo del reino aragonés, cuyo coste fue de 356.180 reales para el soberano.³⁷ Durante la provisión de las defensas aragonesas en la frontera catalana, para iniciar una ofensiva sobre Lérida, el rey propone fortificar las principales plazas limítrofes. De los 50.000 escudos otorgados por el rey para el ejército de Cataluña, decide destinar 4.000 para reforzar Fraga y 3.000 para Mequinenza, con la mayor brevedad posible. La monarquía quiso estabilizar la frontera catalana con Aragón para evitar y detener las razzias y ataques de los enemigos sobre los pobladores y el territorio del reino.³⁸

En 1651, la Ciudad Condal se encontraba azotada por el flagelo de la peste, que acabó con un tercio de la población de la capital del Principado, situación agravada por el avance de las tropas españolas que hizo que la gente se refugiara en la ciudad.³⁹ Para acometer el asalto final de Barcelona, recuperar Cataluña y reforzar los ejércitos de la monarquía, la Corona requería unos 9.650.000 ducados de modo urgente y perentorio para proteger y defender sus posesiones.⁴⁰ La Hacienda de Felipe IV, como la de sus antecesores, vio cómo sus gastos aumentaban continuamente. No obstante, sus intentos reformadores no tuvieron efectos prácticos por la oposición de los fuertes intereses sociales que mantenían toda la sociedad. Tanto entre los privilegiados, clero y nobleza, como los municipios, que se oponen a cualquier merma de su independencia, debiendo de transigir el monarca ante estas presiones de sus reinos. Todo para poder disponer en el ataque definitivo sobre Barcelona de unas fuerzas de 6.000 infantes, 2.000 caballos, 20 piezas de artillería, más 2.500 infantes de refuerzo, que le permitieron conquistar la ciudad el 11 de octubre.⁴¹

Pese a todo, la toma de Barcelona en 1652, muy celebrada en el reino aragonés tras las tensiones vividas, no solventó la lucha contra Francia, que a veces parece olvidada, al verse difuminada por el levantamiento de los catalanes contra su monarca, que ha centrado generalmente la atención de los historiadores, y también de los reinos, porque los aragoneses, cuando la guerra se alejó de su interior, hicieron más lento su apoyo a los esfuerzos reales

de continuar la lucha, y aumentó su renuencia a colaborar al no sentirse ya obligados por ser una guerra ya ajena al reino.⁴² En casos como el del valle de Arán la década de los cincuenta fue dura por la peste de 1654, pero sobre todo por las razzias francesas, operaciones de castigo sobre las zonas de la frontera enemiga. Los intentos invasores como el de Condé por esta región en 1654, o los fracasados intentos de reconquista del antiguo gobernador francés en 1655 continuaron haciendo presente la guerra a los habitantes de la montaña, especialmente para los catalanes, que soportaron el pillaje francés tras la toma de la ciudad condal por los españoles, para distraer la atención de las fuerzas españolas allí acantonadas. En el Ampurdán, en 1653. Urgel, Camprodon y el Conflent al año siguiente. O Ampurias y Solsona lo sintieron en 1655. Vic y Gerona sufrieron los efectos de las incursiones francesas en 1657.⁴³

A pesar de las tensiones en la zona aragonesa de los Pirineos, la guerra que enfrentó a franceses y españoles tuvo sus principales centros de operaciones y de lucha en el Principado catalán, donde se dirimió el control de Cataluña y del levante español, mientras que la frontera aragonesa estuvo paralizada durante la mayor parte del conflicto, pese a penetraciones esporádicas de saqueo y pillaje entre las dos vertientes, sin intenciones de ocupación efectivas durante la contienda; fue un frente de menor importancia para el devenir de la guerra franco-española hasta su finalización.⁴⁴

Finalizada la guerra con Francia, las defensas aragonesas del Pirineo, según el informe del gobernador de la fortaleza de Jaca, Carlos de Oriol Bracamonte, en 1669, presentan grandes necesidades de abastecimiento y dotaciones de hombres para la buena defensa y conservación de las fortificaciones. En su testimonio se dice que «en ningún puesto destos hay víveres ningunos; también las armas que tienen no son de servicio y la pólvora harto mala».⁴⁵ El estado de la cordillera no cambió después del final del conflicto y se mantuvo el resto de la centuria, conservando y presentando idénticas deficiencias que en el pasado o incluso mayores.

Conclusión

El sistema defensivo del Pirineo aragonés sufrió mutaciones y cambios en el siglo XVII, que afectaron a su organización tradicional, debidos al influjo de los poderes reales sobre la montaña, ya que los Pirineos conformaron el espacio de comunicación entre los valles franceses y aragoneses de la montaña en el Barroco. Como resultado, la tradicional ausencia de contingentes militares para defender las fronteras aragonesas se hizo cotidiana, hecho claramente vinculado a la rivalidad que las Coronas española y francesa proyectaron sobre él.

Las Cortes aragonesas de 1585 marcaron el aceleramiento de la presión de Felipe II sobre las instituciones aragonesas. Fueron un nuevo intento de controlar con mayor facilidad a los

representantes del reino de Aragón, obteniendo de ellos mayores concesiones económicas. Tras los sucesos de Zaragoza de 1591, la presencia de la monarquía y sus delegados se hizo más visible en el reino, y también en la montaña.

Los montañeses colaboran con el monarca en la defensa de los pasos y los puertos del Pirineo; a la vez que protegían sus haciendas de ataques franceses, los valles del reino sufrieron en primera línea los conflictos de la monarquía. Los valles aragoneses constituyeron el espacio donde se dirimió la pugna hispano-francesa. A finales del siglo XVI la paz de Vervins implicó el reconocimiento hispano de la dinastía Borbón en la Corona gala, inaugurada con Enrique IV, por parte del paladín del catolicismo europeo, Felipe II. Como resultado, el veterano rey español conservaba casi intacta su monarquía, pero viendo cortado su tradicional intervencionismo en los asuntos internos del reino vecino. Por el contrario, Enrique IV consolidó la autoridad de su dinastía y del poder real tras años de conflictos religiosos, y logró el reconocimiento de la monarquía hispánica. La gran reforma del sistema defensivo aragonés en el Pirineo tuvo lugar durante esos años, desde el inicio de las hostilidades con Francia hasta la firma final del tratado en 1598. Bajo el reinado de Felipe III las modificaciones sufridas fueron mínimas, por la permanente falta de liquidez de la monarquía.

Por el contrario, en la paz de Pirineos de 1659, Felipe IV y Luis XIV pusieron fin a medio siglo de luchas entre estas dos monarquías por la hegemonía en el continente europeo. Para los franceses las plazas otorgadas les permitieron completar un sistema de protección de sus fronteras, especialmente en los Pirineos. La frontera fue definida con la delimitación de una separación física y legal de los dos reinos. Pero sin modificar las formaciones políticas que se localizaban a lo largo de la frontera, usando la orografía y los cursos fluviales, determinando la línea divisoria que separó los reinos español y francés, sin modificaciones hasta siglos después.

Los Pirineos sufrieron el embate de los dos colosos, como territorio de encrucijada, entre Caribdis y Escila, sin tener posibilidad de escapar de uno para caer en las garras del otro. Su independencia estaba destinada a desaparecer con la imposición del estado nacional. La frontera creó una nueva división en la que el valle de Arán, tradicional territorio de control aragonés, quedó en manos españolas. Asimismo, se inició el aislamiento de la comarca andorrana. El posterior empuje de los Estados frances y español con sus monarquías centralizadoras provocó que los montañeses se centrasen, económica y políticamente, cada vez más en sus propias vertientes, los valles de los ríos Ebro y Garona, dando la espalda a sus vecinos.

El siglo XVII fue, por tanto, la centuria donde se dieron las situaciones más complicadas para los aragoneses de la montaña, inmersos en un conflicto que trastocaba su vida cotidiana y mermaba la secular independencia de la montaña pirenaica. Los siglos venideros contemplaron nuevas reformas en la defensa del Pirineo, pero siempre basándose en el sistema defensivo que los Austrias habían creado en el Pirineo aragonés del Barroco.

Notas

- 1 R. VALLADARES, «El arte de la guerra y la imagen del rey. Siglos XVI-XVIII», en VV. AA., *La guerra en la Historia*, Salamanca, p. 163-190, 168.
- 2 X. GIL PUJOL (1992), «Conservación y defensa como factores de estabilidad en tiempos de crisis: Aragón y Valencia en la década de 1640», en VV. AA. *1640, La monarquía hispánica en crisis*, Barcelona, Crítica, p. 44-101.
- 3 R. VALLADARES, *Op. cit.*, p. 176-179.
- 4 V. BLASCO DE LANUZA (1682 [1998]), *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón*, (ed. Facsimilar, Zaragoza, Cortes de Aragón, 2 vols.), vol. I, libro I, capítulo XXIII, p. 82-83.
- 5 M^a del Carmen VALENZUELA FUERTES, «La defensa del Pirineo aragonés durante los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II», *Zurita*, 19-20 (1966-1967), Zaragoza, p. 265-276, 271-272. También en M. GÓMEZ DE VALENZUELA, «La invasión del valle de Tena en 1592», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XXVII – XVIII (1992), Borja (Zaragoza), p. 15-54.
- 6 E. OSSET MORENO (1971 [1992]), *El castillo de San Pedro de Jaca*, Zaragoza, Ibercaja, (2^a edición), anexo IX, p. 212-228, donde se recoge el documento completo del informe remitido por el ingeniero a las Cortes, del Archivo General de Simancas, Sección Guerra Antigua, legajo N^o 351, documento 242.
- 7 J. CAMÓN AZNAR, «La situación militar de Aragón en el siglo XVII», *Jerónimo Zurita. Cuadernos de Historia*, 8-9 (1955-1956), Zaragoza, p. 71-143. Informe del rey desde Aranjuez para el Capitán General de Aragón, A. C. A., Legajo 70, en CAMÓN AZNAR, *Ibídem*, p. 119.
- 8 M^a del Carmen VALENZUELA FUERTES, *La defensa del Pirineo aragonés...*, p. 274. En buena parte, de acuerdo con las recomendaciones de Spanoqui sobre los mejores lugares para ser fortificados.
- 9 P. SANZ CAMAÑES, «Estrategias defensivas de la Monarquía en Aragón durante el siglo XVII. La contribución del municipio jacetano», *Actas del XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, tomo III, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Zaragoza, p. 389-403, 391.
- 10 *Ibídem*, p. 273. Los principales pasos del Pirineo son los siguientes: del valle de Benasque hacia el valle francés de Luchón, y del valle de Astós (Ribagorza) al valle de Oo (Comminges), del valle de Gistaín al de Vallés por el puerto de la Pez y el de Loarón. Bielsa contaba con los pasos de Urdiceto y Bielsa para llegar al valle vecino de Oure. Por su parte, Ordesa se comunicaba con el de Barèges por la Brecha de Rolando. Los siguientes pasos eran los de Bujaruelo y Gavarnie para comunicar el valle de Ara con Bigorra. Mientras que desde Jaca, a través del Somport, el Portalet hacia los valles galos de Aspe y Ossau. Finalmente, el valle de Hecho se comunicaba mediante los puertos del Palo y Petrechema con Aspe. Todos ellos componen las principales vías de penetración de los Pirineos aragoneses entre las dos vertientes de la montaña, *Ibídem*, p. 267.
- 11 CAMÓN AZNAR, *La situación militar en Aragón...*, p. 119. El caso de Canfranc puede compararse con los datos de J. BAUTISTA LABAÑA, «Itinerario de Aragón» (1610-1611), en J. GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, 1952-1959, vol. II, p. 158-321, 186. En el caso de Aínsa, acerca de esta fortificación en el momento de la visita del viajero Labaña dijo que «hay un capitán con 50 soldados, pero están señalados para esta plaza 150», p. 216.
- 12 *Ibídem*, p. 121-122.
- 13 J. REGLÁ CAMPISTOL, «El tratado de los Pirineos de 1659. Negociaciones subsiguientes acerca de la delimitación fronteriza», *Hispania*, XLII (1951), p. 101-166, 109.
- 14 J. M. FLORISTÁN IMÍZCOZ, «Conflictos fronterizos, espionaje y vascuence a finales del siglo XVI: 20 documentos inéditos», *Fontes Linguae Vasconum*, 63 (1993), vol. XXV, p. 177-219, 188.

- 15 J. BAUTISTA LABAÑA, *Itinerario de Aragón...*, p. 187.
- 16 *Ibídem*, p. 377.
- 17 I. A. A. THOMPSON (1981), *Guerra y Decadencia: Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Barcelona, Crítica, p. 114-116.
- 18 V. BLASCO DE LANUZA, V., *Historias eclesiásticas y seculares...*, vol. II, libro III, capítulo X, p. 269.
- 19 A. EIRAS ROEL, «Política francesa de Felipe III: Las tensiones con Enrique IV», *Hispania*, 118 (1971), Madrid, p. 245-337, 325.
- 20 B. GARCÍA GARCÍA (1996), *La Pax Hispánica: política exterior del Duque de Lerma*, Leuven (Bélgica), p. 141.
- 21 P. SANZ CAMAÑES (2001), *Estrategias defensivas y guerra de frontera. Aragón en la Guerra de Secesión catalana (1640-1652)*, Monzón, Centro de Estudios de Monzón y Cinca Medio, p. 394. Acerca del papel que desempeñaba el Consejo de Guerra en la administración imperial de los Austrias, y de su innata lentitud, I. A. A. THOMPSON, *Guerra y Decadencia...*, p. 53.
- 22 T. J. DADSON, «La defensa de Aragón en 1625 y el papel desempeñado en su planificación por Diego de Silva y Mendoza», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 55 (1987), Zaragoza, p. 105-136, 108. En las p. 118-126 se reproduce la colocación de los contingentes defensores y las posibilidades de paso de la montaña por parte de las fuerzas militares.
- 23 *Ibídem*, p. 115.
- 24 «Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la Monarquía entre los años de 1634 y 1648», *Memorial Histórico Español*, vols. XIII-XIX, tomo 13, p. 84.
- 25 J. GALLASTEGUI, «Don Miguel de Itúrbide y Navarra en la crisis de la monarquía hispánica (1635-1648)», *Cuadernos de Historia Moderna*, 11 (1991), Madrid, p. 177-194, p. 184, cita 33.
- 26 M. de NOVOA, *Historia de Felipe IV. Rey de España*, CO. DO. IN, tomo 80, p. 50.
- 27 G. COLÁS LATORRE, «Los valles pirenaicos y su colaboración con la monarquía en la defensa de la frontera (1635-1643)», *Argensola*, 85 (1978), Huesca, p. 5-24, 11.
- 28 P. SANZ CAMAÑES, *Estrategias defensivas y guerra de frontera...*, p. 401.
- 29 M. de NOVOA, *Historia de Felipe IV. Rey de España*, CO. DO. IN, tomo 80, p. 85.
- 30 E. OSSET MORENO, *El castillo de San Pedro...*, anexo XII, p. 247-249, reproduce por entero el informe de este veterano oficial.
- 31 A (rchivo) D (inputación) de Z (aragoza), Cartas misivas, Ms.444, 1642, f. 275r.
- 32 *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la Monarquía entre los años de 1634 y 1648*, en *Memorial Histórico Español*, vols. XIII-XIX, tomo XVI, p. 204.
- 33 B. DRUÈNÉ, «Combats pour Castel León», *Annales du Midi*, 45 (1959), p. 21-42, 22. También aporta datos S. BRUNET, *La Vie, La Mort, La Foi...*, p. 387.
- 34 C. BOURRET (1995), *Les Pyrénées centrales du IXéme au XIXéme siècles: la formation progressive d'une frontière*, Pyraph, p. 110.
- 35 I. PULIDO BUENO (2002), *La Corte, Las Cortes y los mercaderes. Política imperial y desempeño de la Hacienda Real en la España de los Austrias*, Huelva, p. 235.
- 36 P. SANZ CAMAÑES, *Estrategias defensivas y guerra de frontera...*, p. 397.

- 37 ——— (1997), *Política, Hacienda y Milicia en el Aragón de los últimos Austrias entre 1640 y 1680*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, p. 143.
- 38 *Carta del rey al obispo de Málaga*, 7 de Abril de 1647, CO. DO. IN, tomo 96, p. 386-387.
- 39 El relato de la peste en Barcelona puede ser seguido en M. PARETS (1989), *Dietari d'un any de pesta. Barcelona 1651*, Vic, Eumo.
- 40 I. PULIDO BUENO, *La Corte, Las Cortes y los mercaderes...*, p. 240.
- 41 P. SANZ CAMAÑES, *Estrategias de poder y guerra de frontera...*, p. 122.
- 42 P. SANZ CAMAÑES; y E. SOLANO CAMÓN, «La contribución de Aragón en las empresas militares al servicio de los Austrias», *Studia Historica, Historia Moderna*, 18 (1998), Salamanca, p. 237-264, 257. Las celebraciones que hubo en el reino por esta noticia en L. IBÁÑEZ DE AOYZ (1611 [1989]), *Ceremonial y Breve relación de todos los cargos y cosas Ordinarias de la Diputación del reyno de Aragón*, Zaragoza, (edic. facsimilar de J. A. ARMILLAS y J. A. SESMA, Zaragoza, Cortes de Aragón, capítulo 216, p. 373). La colaboración aragonesa ese año se cifró en 1.000 hombres para acometer el asalto final de la ciudad condal en A.D.Z, Actos comunes de la Diputación, Ms.477, 1652, f. 160v.
- 43 P. SANZ CAMAÑES, *Estrategias de poder y guerra de frontera...*, p. 203. Para conocer los movimientos de las tropas, y las razzias francesas en Cataluña M. PARETS, «De los muchos sucesos dignos de memoria que han ocurrido en Barcelona y otros lugares de Cataluña entre los años de 1626 a 1660», *Memorial Histórico Español*, vols. XX-XXV, tomo 25, p. 196 para 1653. Los ataques de 1654, en p. 204-218. Los sucesos de 1655, p. 218-233. Y finalmente el año 1656 en p. 234-255.
- 44 J. M^a CORDERO TORRES (1960), *Fronteras Hispánicas. Geografía e Historia Diplomacia y Administración*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, p. 224.
- 45 J. CAMÓN AZNAR, *La situación militar en Aragón...*, A. C. A, Legajo 73. En Jaca, a 15 de julio de 1669, p. 130-131.